

MARCELO SÁNCHEZ SORONDO

# MEMORIAS



*Conversaciones con Carlos Payá*

EDITORIAL SUDAMERICANA  
BUENOS AIRES

---

## ÍNDICE

RECUERDOS DE LA INFANCIA .....	9
Los abuelos y los padres. La familia y el colegio. Mar del Plata y las vacaciones en la estancia "La Pelada". La estada en Europa. Las lecturas. Corresponsal de guerra en España. La personalidad de mi padre.	
LAS INQUIETUDES INTELECTUALES .....	63
Los estudios. Los Cursos de Cultura Católica. El "convivio". El profesor universitario en la cátedra de derecho constitucional. Los conservadores y los nacionalistas.	
EL PERIODISMO .....	106
<i>Crisol</i> . <i>Baluartes</i> . Presencia. Nueva política. <i>Sol y Luna</i> . <i>Azul y Blanco</i> : Los gorilas y los fusilamientos. Petróleo y política. El acto del Parque Retiro. <i>Segunda República</i> . Fundación. Los libros. La clase dirigente. La revolución que anunciamos. Las libertades prestadas.	
LA POLÍTICA .....	202
La culminación literaria-histórica-política: <i>La Argentina por dentro</i> . Las luchas y las cárceles. El movimiento de la Revolución Nacional. El Círculo de Plata. La Hora del Pueblo. Mi candidatura a senador. Reflexiones sobre la violencia. La guerra de Malvinas. Meditaciones en torno a ex presidentes argentinos.	

---



## ACCIÓN DE GRACIAS

SEÑOR MÍO Y DIOS MÍO:

Postrado ante la Santa Cruz te doy gracias por la vida de mi mujer; por la vida de las hijas y los hijos que me diste, cuyos méritos compensan mis flaquezas; por la vida de mis yernos y mis nueras; por la vida de los hijos de mis hijos; por esta familia aquí reunida bajo tu amorosa protección.

Nada merezco de cuanto me has brindado. Sólo tú sabes el mal que hice y el bien que no supe hacer. Qué lejos he estado de realizar mi vocación.

No prolongues mi vida en días inútiles cuando ya no tenga tarea y en nada pueda servir. Y cuando me entregues a la muerte concédenme que amparado por María logre ya sentir en lo más profundo de mi ser la contrición de mis pecados. A mi hijo sacerdote le ruego que quiera asistirme con su presencia y oraciones en la última hora.

SEÑOR MÍO Y DIOS MÍO:

Elevo una oración por mis padres y todos los antepasados que durante siglos habitaron nuestra patria.

MARCELO SÁNCHEZ SORONDO

---

## RECUERDOS DE LA INFANCIA

*Usted me ha dicho que nació en Buenos Aires el 17 de septiembre de 1912, ¿cuáles fueron sus primeras impresiones, y cuáles son los recuerdos de su infancia en el ámbito de su familia y del Buenos Aires de ese tiempo?*

Mi primera infancia transcurrió en una casona de altos de la calle Florida 534, vecina de la de los Ortiz Basualdo y casi enfrente al Jockey Club, un poco más cerca de Lavalle. Era una casa muy alegre, donde los patios daban uno tras otro, y aunque era de altos mantenía la estructura de las casas coloniales, llena de sol y de luz. Tengo un recuerdo muy nítido de los desfiles militares, en las grandes fiestas patrias del 25 de Mayo y el 9 de Julio. Por esos días veíamos marchar por Florida, apretados por la brevedad de la calzada, a nuestros regimientos con sus pecheras engalanadas, sus morriones, la bandera al frente escoltada por sus jefes y como emotivo fin de fiesta avanzaban los granaderos a caballo, cuya fanfarria ejecutaba esas marchas medio sombrías, medio dramáticas de la caballería con acordes que, al dispersarse en el aire, evocaban como un cántico a la muerte.

Ese tiempo fue muy luminoso; tuve una sensación enorme de felicidad al extremo —todavía recuerdo— que alguna noche y de una manera —por cierto no elaborada— llegué a pensar que esa felicidad iba a tener un próximo fin. De algún modo pensaba en la muerte sin discernirlo bien.

Los protagonistas de mi infancia eran todos los que estaban ahí cerca: mis hermanos —yo soy el tercero— y, desde luego, mis padres y mi abuela paterna que vivía con nosotros. La madre de mi padre era una mujer de gran personalidad, tenía un fuerte carácter y una vivencia patriótica muy honda. Yo recuerdo que mi abuela, a la que llamábamos “Atachez” —vaya a saber por qué arbitrario apócope infantil—, todas las mañanas, sin ánimo de dictar clases, muy espontáneamente, nos refería episodios de la historia argentina. Los actores principales de esos episodios eran siempre San Martín y Belgrano. Mi abuela tenía una gran veneración por el general San Martín, y recuerdo también, con esa arbitrariedad de la memoria, que teníamos una mucama española —por rara casualidad no



gallega sino castellana—, que se llamaba Concepción y que discutía con mi abuela acerca de la personalidad de San Martín, del cual Concepción decía que era un renegado por haber abandonado España. Aunque muy devota, sospecho que Concepción era liberal: tarareaba todo el día el himno de Riego, que de tanto oírlo yo también repetía de memoria: “Si la reina de España muriera...”

*¿Sus abuelos paternos, Rosa Sorondo y Matías Guillermo Sánchez, eran porteños?*

Mi abuela era porteña. Los Sorondo son porteños, pero mi abuelo Sánchez había nacido en la provincia de San Juan. Mi abuela era Sorondo Ramos, y un tío suyo, el coronel Patricio Ramos, había participado en la lucha por la defensa de Buenos Aires, en 1807. Por eso ella nos llevaba a mis hermanos y a mí a visitar la iglesia de Santo Domingo, para ver la imitación de las balas incrustadas en su torre y mientras recorríamos esos lugares nos hablaba con mucho entusiasmo de aquellos baños de aceite hirviendo que las porteñas arrojaron a los ingleses a su paso por las calles de Buenos Aires. En los días patrios salíamos con ella a ver el mausoleo de San Martín en la Catedral y la tumba de Belgrano. También nos llevaba a visitar a unas viejitas Bogarín, sus parientas paraguayas, ya no sé en qué grado, las cuales vivían en una casa de bajos, sobre la calle Charcas, de frente angosto y patios interminables hacia el fondo, cuyo piso era de baldosas coloradas como habitualmente eran las de las cocinas.

*¿Cómo se llamaba su madre?*

Mi madre se llamaba Micaela Costa Paz; era una mujer de grandes ojos verdiazules, menuda y petisa. La habían impresionado mucho los sucesos de 1893 en La Plata, cuando su padre Julio A. Costa, gobernador de la provincia de Buenos Aires, fue derrocado por una revolución radical. Recordaba como un episodio singular de su vida aquella noche turbulenta en que toda su familia tuvo que salir de la residencia del gobernador.

Mi madre no era como mi abuela paterna, no tomaba intervención ni se apasionaba demasiado por los temas históricos o políticos. Más bien consideraba la política como una fatalidad que

---

acompañaba su vida de familia. Primero las vicisitudes de su padre y luego su marido dedicado intensamente a la acción pública. Pero a ella no le interesaba la política; más que vivirla, diría que la padecía. Hacía un culto del hogar, del cuidado y la atención a los invitados a la mesa de su casa. Ésta tenía que estar perfectamente servida, y enseñaba con extrema prolijidad a los mucamos su tarea. Era perfeccionista y no se le escapaba el menor detalle. Siendo yo chico, cuando todavía vivíamos en la calle Florida, recuerdo que se compró un mínimo Ford, acaso de “bigotes”, al que le hizo hacer una carrocería especial, una especie de cupé, porque ella procuraba cuidar el aspecto estético de las cosas que la rodeaban. Sin embargo no era una mujer débil en absoluto. Terriblemente valiente, no se amedrentaba por nada. Aunque de aspecto frágil, no conocía el miedo.

*¿Usted veía con frecuencia a los abuelos Costa en ese tiempo?*

En aquella primera infancia veía con frecuencia a mis abuelos maternos, porque vivían muy cerca de nuestra casa. Ellos tenían la suya en la calle Tucumán, entre San Martín y Florida, una casa enorme, con un patio amplísimo y abierto al que daban algunos balcones del piso superior.

Mi abuelo no era un hombre de negocios; tenía una visión romántica del país en que vivía, reflejada en sus libros, y con ese espíritu se entregaba a la política; entretanto había ido empeorando su situación económica. Mi abuela Agustina Paz había heredado de su madre, Micaela Cascallares, casada con Marcos Paz, vicepresidente de Mitre, una estancia en Junín, provincia de Buenos Aires, y campos en otras partes. Creo que a comienzos del siglo mis abuelos compraron una casa señorial —sin ser un palacete— con entrada por la avenida Alvear, y las cocheras daban a Callao, que se conservaba en pie hasta hace poco. Pero luego se vendió y en estos años de los que hablamos, de mi primera infancia, vivían en la calle Tucumán. Por eso, por razones de vecindario, nos visitaban mucho en la calle Florida; y también nuestros tíos por el lado de mi madre Pancho y Marcelo Costa Paz; este último era, además, mi padrino.

Recuerdo una vez que, estando a la mesa en lo de mis abuelos Costa, se habló muchísimo del duelo del general Valleé con el entonces ministro de Guerra durante el primer gobierno de Yrigoyen, don Julio Moreno.